



La Crisis de una Alianza: La Coyuntura Panameña

Marco A. Gandásegui.*

No abordamos en esta oportunidad los problemas propios del desarrollo capitalista y sus consecuencias sobre Panamá y su población. Sin embargo, hay que tener en cuenta que este desarrollo preside cada coyuntura, cada crisis política que vive el país. Queremos entonces precisar que intentaremos analizar la coyuntura que se presenta en el interior de la crisis de desarrollo capitalista.

La tesis sobre la coyuntura: El torrijismo es un proyecto de acumulación capitalista basado sobre la alianza entre el capital productivo y el capital financiero. Su estabilidad, además, depende de la cooperación de los trabajadores organizados. Hoy, la fracción del capital financiero se ha desgajado de la alianza provocando la crisis política.

La crisis política se ha prolongado como consecuencia de la incapacidad para reagruparse de los sectores

* Profesor de Sociología de la Universidad de Panamá. Secretario Ejecutivo del Centro de Estudios Latinoamericanos (CELA), «Justo Arosemena». Realizó sus estudios de doctorado (Ph.D) en la Universidad del Estado de Nueva York. (SUNY).

dominantes. Debido a esta debilidad, las Fuerzas de Defensa de Panamá conservan su función mediadora. La falta de una solución estable mantendrá a las fuerzas armadas como eje de sustento de los intereses del conjunto de los sectores dominantes aún cuando tengan que reprimir alguna de sus partes.

Queremos enfocar nuestro análisis en torno a las causas de la presente crisis política, el desarrollo de la misma y sus posibles salidas. No queremos ignorar los antecedentes que condujeron a la actual coyuntura. Sin embargo, entrar a efectuar un estudio de los últimos 20 años de desarrollo capitalista en Panamá requeriría otro foro, que prestara atención específica a ese tema.

Recientemente, un buen amigo me criticó porque en un escrito mío no encontró la palabra **Nicaragua** al referirme a la presente crisis. Nuestro amigo pensaba que, al no mencionar el nombre de aquel país heroico, no se podía entender la actual crisis panameña. En su lógica, los actuales procesos sociales se reducen al desarrollo capitalista de los EE.UU. y sus planes hegemónicos en la región. Sin querer menospreciar el poderío de los EE.UU., es necesario entender la crisis panameña sobre la base de las contradicciones que nuestro propio desarrollo ha generado. Y, por allí mismo, captar la forma en que el expansionismo norteamericano se aprovecha para socavar los cimientos de cualquier proyecto nacional que no coincide con sus intereses.

Sin duda, los EE.UU., constituyen una pieza central en la crisis actual.

Desafortunadamente, desconocemos las cuantías de ayuda material que los EE.UU. les brinda a sus aliados coyunturales. Ideológicamente, ha brindado a sus amigos panameños la totalidad de sus servicios de información, inteligencia y propaganda.

Más adelante trataremos de demostrar, empero, que para los EE.UU. en Panamá está en juego algo aún más importante para ellos que Nicaragua, Contadora o el

movimiento de países no-alineados. Para el análisis, queremos comenzar identificando a los sectores involucrados en la crisis política y sus intereses. Primero, la oposición, enseguida el gobierno y, finalmente, los sectores populares.

1. La oposición flamante

La oposición política panameña está integrada por una variedad de sectores sociales que, por muchos años, han sido hegemonizados ideológicamente por el panameñismo.¹ Desde principios de la década de 1960, esa corriente ideológica ha aglutinado a las fuerzas sociales más atrasadas del capitalismo: comerciantes, casatenientes, especuladores y prestamistas. En las elecciones de 1968, encabezó una alianza de fuerzas que se oponían a los planes de desarrollo capitalista de la candidatura liberal de David Samudio. En la década de 1970, se reformó ideológicamente captando el fuerte sentimiento antimilitarista existente, a pesar del populismo torrijista. A fines de la década de 1970 y principios de la de 1980, una nueva alianza opositora se constituyó en torno a la figura de Arnulfo Arias, líder panameñista. El PDC y otras fuerzas, aglutinadas en torno al MOLIRENA, se organizaron para enfrentar al gobierno militar junto con el panameñismo.

Mientras que el panameñismo centra su discurso a favor del capital más atrasado, el MOLIRENA reunió sectores basados en intereses vinculados a sectores de la banca panameña. La Democracia Cristiana presenta un discurso más articulado que, para efectos de constituir su alianza, sacrificó sus planteamientos desarrollistas. El PDC cae así en manos de los sectores más próximos a la banca y a los proyectos de desarrollo capitalista basados en el transitismo y el comercio exterior. Desarrollo nacional y clase obrera son conceptos que desaparecen del discurso democristiano. El elemento ideológico que

1. Ideología neoconservadora que se remonta a los movimientos sociales de las décadas de 1920 y 1930.

une a las fuerzas sociales que encabezan a la oposición en su posición antimilitarista y, con el sacrificio del PDC, su aversión a la organización de la clase trabajadora (oposición al Código de Trabajo, reforma educativa, etc.).

En la presente coyuntura, esa alianza se ha transformado significativamente. Se ha visto ampliada por el desgajamiento de un sector del torrijismo y su desplazamiento hacia la oposición. Este cambio, sin embargo, no tiene sólo importancia cuantitativa. Por el contrario, es de gran importancia cualitativa, puesto que la oposición se ha visto reforzada así por la fracción del capital panameño que más rápidamente creció en los años de auge de la década de 1970 y que sigue creciendo en medio de la depresión de la década de 1980.

La fracción financiera de la burguesía ha optado por romper sus lazos con la alianza que le dio origen y posibilidades de desarrollo como consecuencia del golpe militar de 1968. Lo que todo indica, además, es que no se sumó a la cola de la oposición, sino que asumió la cabeza del proyecto que exige una renovación total del gobierno.

Este sector, representado por figuras conocidas como Gabriel Lewis Galindo, Nicolás Ardito Barletta, Jaime Arias, y otras, cuenta con el apoyo del Departamento de Estado de los EE.UU. Es sintomático que la elección de 1984, avalada por éste en aquella fecha, es cuestionada tres años después. La flamante alianza entre sectores con una amplia base social (el panameñismo) y una ideología modernizante (la Democracia Cristiana), tiene ahora un proyecto de acumulación representado en la nueva fracción financiera de la burguesía y un poderoso padrino en el Departamento de Estado.

Más adelante examinaremos el proyecto de la fracción financiera de la burguesía. No riñe con los resultados económicos del torrijismo de la década de 1970. Su fuente de acumulación es la especulación capitalista basada en las operaciones financieras nacionales e internacionales: el centro bancario internacional, la Zona Libre de Colón, el oleoducto e, inclusive, las ope-

raciones de ensamblaje para la reexportación, también conocidas como maquilas.

Sin embargo, los compromisos adquiridos por el torrijismo con los sectores productivos nacionales y los trabajadores organizados representan un obstáculo para que el proyecto se ejecute con la fluidez deseada. Las contradicciones generan episodios tan folklóricas, pero entendibles, como la candidatura fracasada de un general, el ascenso y posterior caída de Ardito Barletta y las confesiones de un coronel arrepentido. Finalmente, éstas últimas sirven de acelerador de las contradicciones y catalizador de las fuerzas de oposición.

El Departamento de Estado conoce la situación panameña y su principal interés político es mantener la estabilidad necesaria para asegurar sus enormes inversiones en el Istmo. Para los EE.UU., Torrijos representaba estabilidad y lo toleraron a lo largo de la década de 1970, a pesar de sus fuertes diferencias. El discurso de Abrams señala la creencia norteamericana de que la estabilidad en Panamá se ha deteriorado seriamente desde la remoción de Ardito Barletta. Según los EE.UU., el factor desestabilizador lo constituye -única y exclusivamente- el papel político de las Fuerzas de Defensa de Panamá. Son los militares los que impiden que el proyecto transnacionalizador se imponga sin contrapeso alguno. No debe pasarse por alto que esta interpretación norteamericana de la situación, le permite a los sectores más reaccionarios del Congreso de ese país (Helms y otros) coincidir con los llamados liberales (Kennedy y otros).

Lewis Galindo y Ardito Barletta no han descansado en su trabajo de convencimiento a nivel de los sectores más poderosos en Washington. Su prestigio «liberal», adquirido por su asociación con el general Torrijos, reformista y populista, aún es recordado. Los diarios y corresponsales más leídos en los EE.UU., se sumaron rápidamente a la campaña antimilitarista de los antiguos amigos de Torrijos. La Democracia Cristiana amplió su espacio, pero su credibilidad aún es mínima. El panameñismo no constituye alternativa para el Departamento de Estado, y sus voceros no tienen acceso a los salones operativos o a las salas de redacción.

2. ¿Qué es el torrijismo?

El torrijismo es un proyecto de mediación política que le permitió a los sectores más avanzados de la burguesía panameña ejecutar sus proyectos de acumulación en la década de 1970. La mediación se concretó delegando en la Guardia Nacional, y en su comandante, todo el poder político que necesitara para superar las contradicciones entre las fracciones burguesas y entre el conjunto de éstas con las clases dominadas.

La dictadura militar de la burguesía panameña tiene dos objetivos:

- a) Imponer el proyecto de acumulación basado en la ampliación y profundización de la planta productiva (industria, agroindustria, electrificación, etc.) y promover la economía transitista (nuevos tratados, centro financiero, Zona Libre de Colón, etc.).
- b) Desarrollar una política de cooptación frente a los trabajadores organizados que pretendía incorporar a las organizaciones laborales al proyecto nacional de la burguesía. Para ello, sin embargo, era necesario darle participación política, económica e ideológica a la clase trabajadora. El CONATO, la CONAC, el PRD, el Código de Trabajo y la reivindicación de figuras populares (Prestán, Victoriano) y sus luchas (la Liga Inquilinaria, el sindicalismo bananero, el Tute) contribuyeron a tirar un puente entre el proyecto y los trabajadores organizados.

Sin oposición, el gobierno militar procedió a ejecutar la totalidad de las leyes productivas elaboradas en la década de 1960. A su vez, creó las bases legales para montar un centro financiero en Panamá. Por otro lado, el régimen militar ejecutó la ley de reforma agraria de 1962 y organizó en asentamientos campesinos a los 5 mil campesinos más combativos del país. Igualmente, dejó plasmado en el código laboral la obligación de todo trabajador a la sindicalización. Todo esto puede parecer

otra táctica más de un régimen populista deseoso de establecer una base social para legitimizar sus objetivos. Sin embargo, las medidas mencionadas le proporcionaron al gobierno militar el espacio de maniobras políticas suficientes para realizar sus objetivos.

¿Cuál era la cuestión campesina? En la década de 1950, la tierra bajo cultivo en el país casi se duplicó. Entre 1951 y 1961, el país vio ampliarse la actividad agropecuaria de 1.1 millones de hectáreas a 1.8 millones. La violenta expansión capitalista en el campo despojó a decenas de miles de familias de sus tierras y se inició la migración masiva del campo hacia la ciudad. De igual modo, las luchas y los conflictos sociales se convirtieron en acontecer diario a lo largo y ancho del territorio nacional. La creación de los asentamientos campesinos fue la concesión política de la burguesía (hecha por los militares) para con la fracción más pauperizada y combativa del campesinado. La penetración capitalista del campo continuó, aún con mayores bríos, en la medida en que se sumaron las empresas estatales, pero sin encontrar resistencia política en el campesinado.

La cuestión obrera se volvió más compleja. Cuantitativamente, el proletariado había crecido enormemente en el período de posguerra. A mediados de la década de 1970, un estudio calculaba que había cerca de 135 mil obreros en el país. Es decir, el 30 por ciento de la población económicamente activa. El potencial político de la clase obrera era reconocido y urgía canalizarlo a favor del proyecto de acumulación de la burguesía. El Código de Trabajo privilegió a los obreros ubicados en lo que los economistas llaman los «sectores de punta». Estas son las áreas donde las tasas de acumulación son más altas y el potencial conflictivo se vuelve más peligroso. Entre 1961 y 1971 la masa obrera del sector industrial se había duplicado pasando de 12 mil a 25 mil trabajadores.

El torrijismo es sinónimo de mediación: en este terreno, disentimos de aquéllos que privilegian los extremos calificándolo como «represión» o como «liberación». El torrijismo contó con una liquidez económica

que le permitió repartir recursos con bastante libertad. Cuando el flujo de capitales se detuvo, el proyecto de acumulación se estancó y las partes involucradas comenzaron a pugnar por «espacios» que se hacían más y más estrechos. A estas alturas, Torrijos ya había fundado el Partido Revolucionario Democrático (PRD), donde acomodó a empresarios, profesionales y trabajadores. Torrijos intentó reducir la mediación de los militares anunciando el «repliegue a los cuarteles». Sin embargo, dejó una constitución política con poderes extraordinarios atados a los militares. Incluso a nivel del PRD seguía mediando el comandante de la Guardia Nacional. La presidencia del Partido estuvo acéfala por muchos años y la Secretaría general en manos de un primo del general.

Hay quienes sostienen que el torrijismo muere con la desaparición física del general. Hay algo de verdad en la afirmación si concordamos que el torrijismo es igual a mediación. La razón por la cual el torrijismo entra en crisis, sin embargo, trasciende la muerte de su mentor. En primer lugar, el torrijismo necesita una figura que lo represente, lo legitime, y le dé credibilidad. La masa campesina, los sectores de «punta» de la clase obrera y la burguesía más avanzada delegaban su poder político en el comandante de la Guardia Nacional. Cuando desapareció Torrijos, no existían condiciones para que la burguesía gobernara con lentitud. Se necesitaba mediación. Fracciones del PRD se pelearon por un tiempo: Arístides Royo, Gerardo González, Ernesto Pérez Balladares. Finalmente, rompió el impasse el nuevo general Paredes, quien incluso intentó recomponer la alianza respaldando el sector de la burguesía productiva a costa de los trabajadores y de la fortalecida fracción financiera transnacionalizada. Royo perdió la Presidencia y Paredes intentó redefinir la alianza torrijista.

El Proyecto de Paredes tuvo corta vida. Es importante subrayar la importancia del sector representativo de la fracción financiera en la década del proyecto de Paredes. El «salto» de Paredes le permitió a esta fracción recuperar fuerzas y, finalmente, imponer la candidatura de Ardito Barletta. La debilidad de Ardito, empero, se

percibe como consecuencia del rol mediador que debe jugar la Guardia Nacional. La UNADE no sólo es sostenida por los militares, al interior de la alianza oficial la candidatura fue el resultado de una imposición de los cuarteles, que la Guardia entendió como una mediación. Igual que Torrijos escogió a Royo en 1978 entre los muchos pretendientes, en 1984 la Guardia seleccionó a Ardito.

Ardito todavía respondía al torrijismo en la medida en que intentó ejecutar las políticas económicas en beneficio de los proyectos de acumulación capitalista, sin marginar a los trabajadores organizados. El fracaso de Ardito y su derrocamiento fue el producto de su creciente alejamiento de las políticas mediadoras y su inclinación cada vez más notoria hacia los sectores financieros. La crisis política provocada por el asesinato de Spadafora creó las condiciones para un enfrentamiento con las demás fracciones, que Ardito perdió prácticamente antes de la primera campanada del combate.

Políticamente el capital financiero salió debilitado del enfrentamiento, manteniendo su presencia más que todo a nivel de los funcionarios del Banco Mundial y el FMI. Las negociaciones en torno a un reagrupamiento de esta fracción comenzaron a efectuarse tanto entre representantes de la oposición como de los sectores oficialistas.

3. Los Sectores Populares

Debido al carácter transitista de la economía panameña, los sectores populares han tendido a ser formados por una masa muy heterogénea. La operación del canal en este siglo creó una «fracción» obrera estable cuyo poder fue reprimido violentamente por los EE.UU., después de la Segunda Guerra Mundial. En este período también comienza a hacer su aparición una masa obrera asalariada vinculada a una política de industrialización basada en la sustitución de importaciones. El desarrollo de un mercado interno transforma a las capas medias que demandan una participación cualitativamente nueva en las instancias políticas y sociales. En el campo aparece el jornalero (obrero agrícola) con aspiraciones duales: tierra y mejores condiciones de trabajo.

En la década de 1960, los sectores populares seguían relativamente heterogéneas, pero con un núcleo asalariado que los identificaba y brindaba cierto liderazgo. Trabajadores del campo, capas medias (maestros, profesionales, estudiantes) y obreros luchaban por sus derechos económicos y políticos. Los gobiernos de turno optaban por la represión. El peso cuantitativo de los sectores populares y su capacidad para identificar sus intereses convertía la represión en una arma obsoleta.

El grado organizativo de los sectores populares se percibía en sus tres centrales obreras, en la federación estudiantil y en los gremios profesionales. La crisis de 1968 y el golpe militar creó las bases para replantear las relaciones entre los sectores populares y el conjunto de la sociedad panameña en la década de 1970.

Nuevas instituciones son promovidas para incorporar a los sectores populares al estado panameño y a las diversas instancias de poder en la sociedad. Los resultados son mixtos. En definitiva, los sectores populares pierden la iniciativa propia y son convocados por un régimen que asume reivindicaciones y levanta sus banderas de lucha.

La desmovilización parcial le permitió, incluso, a las ideologías neoconservadoras penetrar en algunos sectores, especialmente las capas medias, durante la década de 1970.

En la actual coyuntura los sectores populares no han manifestado predisposición para apoyar a un sector u otro de los que se encuentran en pugna. Más aún, en las negociaciones conducentes a un reagrupamiento de las fuerzas políticas, las organizaciones de los sectores populares han sido excluidas en forma absoluta. El sector más débil de la burguesía gobernante -la productiva- pretende ganarse a los sectores populares a través del discurso «torrijista». Las limitaciones de este sector son tan notorias que en su lugar ha tenido que asumir el discurso populista las FDP.

El agotamiento y la falta de credibilidad de este

sector de la burguesía y de las FDP dejan en una posición difícil de sostener a los sectores populares y sus organizaciones con aspiraciones de representatividad. Si representan a casi medio millón de trabajadores no se justifica que continúen en la retaguardia de un proyecto agotado.

Para asumir la vanguardia tienen que asumir, en general, los intereses del conjunto de los sectores populares y levantar un proyecto nacional. En particular, tienen que redefinir una estrategia frente a las demandas norteamericanas, frente a la operación del canal y en torno a los pagos de la deuda externa (pagos anuales US\$500 millones que aumentan cada año). Además, tiene que desarrollar una ofensiva ideológica con el propósito de dinamizar las organizaciones populares. Significa, entre otras cosas, recuperar los medios de comunicación bajo control de las FDP que han demostrado su incompetencia para enfrentarse a los medios clausurados de la burguesía. En la lucha ideológica se están definiendo las posiciones de importantes sectores de las capas medias que en la actual coyuntura se sumaron a las consignas antimilitaristas de la fracción opositora de la burguesía.

Las estadísticas presentadas en el Cuadro N° 1 demuestra claramente que la burguesía panameña representa menos del 5 por ciento de la población. Su propaganda ha movilizó a un contingente significativo de los empleados medios y altos, más algunos sectores de los que trabajan por cuenta propia, que pueden sumar unos 15 mil trabajadores.

A diferencia del resto de la población, la burguesía controla la producción y la distribución de bienes y servicios. Junto con las «capas medias altas» controlan la reproducción de las ideas y de los valores (ideología) sociales. A los sectores populares les compete luchar en forma creativa y con imaginación para alcanzar los niveles de decisión en lo relacionado con la producción de bienes y la reproducción de ideas en la sociedad panameña.

CUADRO N° 2

DISTRIBUCION DE LA POBLACION ECONOMICAMENTE ACTIVA SEGUN SECTORES SOCIALES EN PANAMA (Décadas de 1970-1980)

SECTOR	TOTAL	%
Obrero*	134.408	27.5
Capas Medias*	314.249	64.3
Campesino	109.810	—
Empleados medios y altos	16.880	—
Burguesía**	39.678	8.2
Gran Burguesía ¹	1.200	—
TOTAL	488.335	100

* Ingreso principal proviene de su trabajo.
 ** Ingreso principal proviene de poseer propiedad.
 1. Ver W. Hughes e I. Quintero, *¿Quiénes son los dueños de Panamá?*, Panamá: CEASPA, 1987.

FUENTE: Una aproximación basada en datos de M. Herrera y otros, *idem*. El total corresponde a la población económicamente activa en 1975.

4. La coyuntura

No sorprende que, ante la jubilación de Díaz Herrera, la Democracia Cristiana señalara que la situación se presentaba favorable a una negociación con las FDP. Este era considerado como el obstáculo a un entendimiento que fraguaba la fracción financiera. Las denuncias de Díaz Herrera provocan las reacciones más dispares y abortaron las negociaciones en curso. La legisladora, Mayín Correa (esto es, el grupo Eleta) convoca a la insurrección. Arnulfo Arias reclama su banda presidencial. El PDC no logra articular una táctica y se pliega a los llamados de Mayín. Lewis Galindo sale corriendo del

país anunciando la creación de la Cruzada Civilista. Ardito Barletta y Arias Calderón (PDC) se abrazan en la Iglesia del Carmen. Las capas medias enardecidas piden borrón y cuenta nueva, exigiendo figuras que las representen mejor en las posiciones de mando. El pueblo también reacciona, copando las calles durante los primeros días para después replegarse ante la falta de un programa alternativo. Sectores dentro del PRD piden rectificaciones y se resucita la figura del general Torrijos. El Frente Empresarial del PRD pide el diálogo y la negociación.

Las FDR experimentan el golpe más duro con la disidencia de Díaz Herrera, pues dejaron de ser la institución monolítica que su imagen proyectaba. Aun cuando la debilidad tendrá su precio, y quien la pagará serán sus altos mandos, por el momento cerró filas. Díaz Herrera provocó una aceleración de las negociaciones que se estaban produciendo desde un tiempo atrás encaminadas a recomponer la hegemonía política. La dinámica de acumulación capitalista ha pasado al sector financiero. A pesar de ello, no tiene representación en el gobierno. Todo indica que están dispuestos a conceder espacios a otros sectores, pero una vez que se aseguren la cabeza del proyecto.

En la actualidad, son las contrapartes de la banca internacional y del Departamento de Estado. Sin embargo, reciben a sus visitantes en calidad de empresarios y no de gobernantes. Tienen proyectos para ensanchar el corte Culebra, para la reversión privada de las tierras de la antigua zona del canal y para ampliar la Zona Libre de Colón. Los proyectos de recambio pasan, sin embargo, por cerrar definitivamente el capítulo torrijista de expansión capitalista creando un mercado nacional. Significa, además, marginar a los sectores populares de las áreas sociales conquistadas como el Código de Trabajo, la CSS, educación, etc.

Significa reemplazar paulatinamente a un ejército mediador por un ejército represivo.